

**EXPERIENCIA COMO UN CRISTIANO DE
IZQUIERDA EN UN MUNDO SECULAR
OXFORD UNION SOCIETY**

26 de Octubre de 2009

América Latina es al mismo tiempo el continente más cristiano y más injusto del mundo, lo cual es una contradicción en sí mismo, más aún si uno de los signos cristianos más recurrentes en el Evangelio es el compartir el pan. En promedio, somos la clase media mundial. Sin embargo, Uds. pueden encontrar pequeños grupos dominantes viviendo mejor que los ricos de los países ricos, mientras que otros, frecuentemente las grandes mayorías, viven igual o peor que los pobres de los países más pobres.

De esta forma, la fundamental cuestión moral en América Latina es la cuestión social, más aún si por

primera vez en la historia la pobreza y la miseria en nuestro continente no son consecuencia de falta de recursos, sino de sistemas políticos, sociales y económicos perversos. A manera de ejemplo, Ecuador es un país donde aproximadamente el 40% de la población vive en pobreza. Sin embargo, nuestro ingreso por habitante supera los 4000 dólares anuales. Esto significa que con una repartición igualitaria del ingreso, una familia tipo de 5 miembros recibiría casi 1700 dólares mensuales, más del triple del umbral de la pobreza que se encuentra en aproximadamente 500 dólares mensuales. En otras palabras, en Ecuador, y esto es generalizable para toda América Latina, tan solo con una mejor distribución del ingreso se podría eliminar la pobreza.

Repito: Para un cristiano en América Latina, la

cuestión moral fundamental es la cuestión social. Insisto en esto, porque a diferencia de la Iglesia latinoamericana de los años sesenta y setenta, cuando la Conferencia Episcopal de Obispos Latinoamericana (CELAM por sus siglas en español) en sus encuentros de Medellín y Puebla puso en el centro de la acción pastoral la cuestión social, la jerarquía eclesial latinoamericana actual pone mayor énfasis en cuestiones de moral individual y en cuestiones de rito. De hecho, ya tenemos en Ecuador, coincidentemente en sectores bastante adinerados, nuevamente la misa en latín. En realidad, no solo a nivel de América Latina y de Iglesia Católica, sino a nivel mundial y dentro de otras iglesias cristianas, existe un resurgir del conservadurismo, enfocado, como manifestamos, en cuestiones de rito y moral individual.

Las lacerantes diferencias explican muchas cosas que los simplismos tecnocráticos obvian, entre otros, la "falta de gobernabilidad". Antes de mi gobierno, en 10 años tuvimos 7 presidentes. La explicación simplista para aquello es que los ecuatorianos no tenemos una adecuada cultura democrática. Pero, de qué "cultura democrática" le podemos hablar, por ejemplo, a un joven desempleado, en un país sin seguro de desempleo, el cual probablemente tiene a muchos miembros de su familia viviendo en el extranjero, por la migración masiva que ocurrió en el país a partir de la crisis financiera del año 1999? Si ese joven pertenece a nuestros pueblos ancestrales, o a nuestras minorías afro descendientes, su sentimiento de exclusión será aún mucho mayor. En efecto, el pertenecer a nuestras nacionalidades indígenas o grupos afros, nos determina una

probabilidad de más del 90% de nacer y morir pobres. En otras palabras, para la gobernabilidad se requiere no solo la democracia formal de derechos políticos, básicamente el derecho al voto, sino también una verdadera democracia real, es decir, el derecho a la educación, a la salud, a la vivienda. Hoy muchos analistas se sienten satisfechos porque en teoría América Latina tiene democracia. Yo sostengo que tenemos tan solo elecciones, y que aún falta mucho para tener verdaderas democracias.

Como católico practicante, siempre creeré en la importancia de la caridad y de la solidaridad. Siempre aquello será necesario para atender, por ejemplo, a los más desfavorecidos por la naturaleza. Soy un convencido de que el Estado jamás podrá llegar con la entrega y devoción suficientes para atender a personas con discapacidades severas o

enfermedades terminales. Para ello se necesitan corazones generosos, verdaderas vocaciones.

Sin embargo, también soy un convencido de que los pobres socio económicos no dejarán de ser pobres con caridad, peor con ritos, sino con justicia, y eso implica el cambio en las relaciones de poder dentro de la sociedad. Por ello es que en Ecuador empezamos el proyecto político llamado revolución ciudadana: captar el poder político, para así transformar las relaciones de poder en función de las grandes mayorías. Cabe indicar que aquello tan solo es el inicio del camino. En realidad, en América Latina captar el poder político es tener apenas una porción minoritaria, algunas veces insignificante, del poder, puesto que los poderes fácticos que siempre han dominado a la región, poderes económicos, sociales, informativos e incluso religiosos,

permanecen prácticamente inalterados con los cambios de gobierno, a no ser que, como está sucediendo hoy en muchos países de América latina, ocurran verdaderas revoluciones democráticas.

Por supuesto, como decía Don Helder Camera, ese gran obispo de la Diócesis de Recife en Brasil, al cual Paulo VI lo llamó "mi obispo rojo": "cuando doy de comer a los pobres, me llaman santo, cuando pregunto por qué hay pobres, me llaman comunista".

Don Helder fue uno de los más grandes exponentes de la llamada "Teología de la Liberación", elaboración básicamente latinoamericana, que proponía a la Iglesia como sujeto histórico, llamada a implantar aquí en la tierra el Reino de Dios, entendido como un reino de justicia. En el plano personal, mis principios sociales y económicos se fundamentan en la Doctrina Social de la Iglesia Católica y en la Teología de la

Liberación, y el socialismo del siglo XXI que estamos construyendo en América Latina, al menos en el caso ecuatoriano, también se alimenta de esas fuentes.

La Conferencia del CELAM de Medellín resumía: “El Episcopado Latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantiene a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria. Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte”.

La Conferencia de Puebla, por su parte, agregaba: “Al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras

causas de la miseria". Y añadía: "Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres... Esto es contrario al plan del creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos".

El concepto más significativo que emergió de esta prédica de la Iglesia fue la "opción preferencial por los pobres", guía espiritual de la acción de las comunidades cristianas de base, surgidas precisamente en esta época, la de mayor transformación eclesial del siglo XX en nuestra América.

A finales de la década del sesenta algunos sacerdotes optaron incluso por la lucha armada, los

casos de Camilo Torres, Domingo Laín, Leonel Rugama. Su decisión no fue un hecho aislado: la propia encíclica *Populorum Progressio* reconocía “el derecho a la insurrección en el caso de una tiranía evidente y prolongada que atente contra los derechos de la persona”. El Obispo de San Salvador, Monseñor Arnulfo Romero también invocó el “derecho a la violencia insurreccional”. Paradójicamente la violencia de Estado cobró como víctima al propio Monseñor Romero, asesinado, al igual que Ignacio Ellacuría y otros que cumplieron apostolado y martirologio, por escuadrones de la muerte de El Salvador.

En la actualidad la situación de América Latina ha cambiado, y a nadie sensato se le ocurriría alentar la transformación por la vía armada, pero es justo reconocer a quienes optaron, en una situación

extrema, por tal decisión.

Sin embargo, las palabras, conceptos y visiones de Medellín y Puebla tienen vigencia plena. La opción preferencial por los pobres no es el asistencialismo o caridad y menos las espiritualizaciones ajenas a la realidad de dolor cotidiano. Se trata de atacar frontalmente y extirpar de raíz las causas de la inequidad y la injusticia, y para ello se necesitan de verdaderas revoluciones, democráticas y pacíficas, pero precisamente eso: revoluciones, es decir, cambios radicales, profundos y rápidos de las estructuras políticas sociales y económicas. Para los poderes dominantes, esto es populismo e incluso comunismo. Cabe indicar que para las oligarquías latinoamericanas, hasta hacer pagar impuestos a los ricos es comunismo.

En Puebla se dijo: "América Latina se encuentra, en

muchas partes, en una situación de injusticia, que puede llamarse de violencia institucionalizada. Tal situación exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras”.

Este es quizá la mayor coincidencia con quienes hoy, en Ecuador, hemos apostado por la Revolución Ciudadana. Hemos dicho que la Patria requiere un cambio profundo, rápido y en paz, y para ello el primer gran logro ha sido la aprobación, por la inmensa mayoría de los ecuatorianos, de una Constitución que es un hermoso canto a la vida, al ser humano, a la Naturaleza. Algunos fragmentos de la misma les han sido entregados hoy traducidos al inglés, para que podamos comprender a plenitud esta revolución que, como en otros países de América Latina, no es producto de una época de cambios, sino de un auténtico cambio de época.

Podemos observar que hay en los principios fundamentales de la Carta Magna la decisión de remediar esa inequidad de siglos que hemos denunciado. Sin embargo, esa Constitución fue objeto de una oposición tenaz, de parte naturalmente de las fuerzas retardatarias, y, entre ellas, cierta cúpula de la Iglesia Católica que, como manifestamos, ha sufrido un profundo retroceso, circunscribiendo su acción a la moral individual en lugar de a la cuestión social.

La desventura de las naciones latinoamericanas, como bien precisaban la Conferencias de Medellín y Puebla, no tienen que ver con un destino manifiesto o con el carácter de sus ciudadanos, mucho menos con el conformismo con el que deberíamos esperar en la otra vida lo que no se tuvo en la terrenal. La desdicha tiene responsables, nombres, apellidos,

conceptos, ideologías, y, entre esas causales, la teoría del mercado, el neoliberalismo, los lacayos criollos, el colonialismo y neo colonialismo. Ya al asumir la Presidencia de la República por primera vez en Enero del 2007, y pese a ser el primer Presidente economista en la historia del país, refiriéndonos a la nueva política económica, en lugar de insoportables tecnicismos, manifestamos: “la nueva conducción económica del Ecuador priorizará una política digna y soberana, es decir, más que liberar mercados, liberar al país de los atavismos y poderosos intereses nacionales e internacionales que lo dominan; con una clara opción preferencial por los más pobres y postergados; y priorizando al ser humano sobre el capital”.

Y es que ha sido poco menos que increíble como todas las políticas públicas de los últimos años han

estado en función de los poderosos y del gran capital.

Mi encíclica favorita de la Doctrina Social de la Iglesia Católica, la encíclica *Laborem Exercem* o el Trabajo Humano de Juan Pablo II, nos dice que el trabajo humano no es un factor más de producción, sino el fin mismo de la producción. Sin embargo, el neoliberalismo redujo al trabajo humano a un simple instrumento más que hay que utilizar o desechar en función de las necesidades de acumulación del capital. Para esto, se generalizaron en América Latina formas de explotación laboral bastante bien disfrazadas con eufemismos como "flexibilización laboral", "tercerización", "contratos por horas", etc. Cabe indicar que, de acuerdo a múltiples estudios, esta "flexibilización laboral" ha sido una de las reformas que menos resultados ha dado en la

región, sin que exista con ella mayor crecimiento, pero sí una mayor precarización de la fuerza laboral, y con ello, mayor desigualdad y pobreza. Pero incluso si la flexibilización hubiere dado resultado, no podemos rebajar la dignidad del trabajo humano a una simple mercancía. Ya es hora de entender que el principal bien que exigen nuestras sociedades es el bien moral, y que la explotación laboral, en aras de supuestas competitividades, es sencillamente inmoral.

Precisamente esa ha sido la razón fundamental para la explotación laboral: la falacia de la competencia. Este es un principio ya bastante cuestionado entre agentes económicos al interior de un país, pero es un verdadero absurdo entre países pobres, donde debe primar la lógica de la cooperación, de la coordinación, del desarrollo mutuo. Cabe indicar que

esta globalización neoliberal, inhumana y cruel, que nos quiere convertir en mercados y no en naciones, que nos quiere hacer tan solo consumidores y no ciudadanos del mundo, es muy similar en términos conceptuales al capitalismo salvaje de la Revolución Industrial, donde antes de que por medio de la acción colectiva, las naciones lograsen en su interior leyes de protección laboral, la explotación no tuvo límites. Lo mismo se repite hoy en un mercado global sin acción colectiva ni mecanismos de gobernanza.

Precisamente revelándose ante las consecuencias de la Revolución Industrial y la cuestión obrera el Papa León XIII escribió su encíclica *Rerum Novarum*, la cual dio inicio a lo que conocemos como Doctrina Social de la Iglesia Católica. Como católico, espero ansioso una encíclica análoga para los tiempos que

vivimos, denunciando la cuestión laboral y migratoria. Por ejemplo, ¿cómo podremos explicar éticamente a las futuras generaciones que en esta supuesta globalización, buscamos cada vez mayor facilidad para la movilización de capitales y mercancías, pero penalizamos y hasta criminalizamos cada vez con mayor rigor la movilidad de los seres humanos? ¿Cómo Europa, con estas políticas, puede llamarse cristiana? Con medidas coercitivas, con un apartheid institucionalizado, no se acaba con la miseria.

Como católico, espero ansioso una encíclica que denuncie cómo en este mundo, al igual que en la Revolución Industrial, el capital tiene más derechos que los seres humanos. Por ejemplo, en América Latina si Uds. quieren denunciar ante organismos internacionales como la OEA un caso de atropello a

los derechos humanos, primero tendrán que agotar las instancias judiciales del respectivo país. Sin embargo, cualquier transnacional, sin ningún requisito previo, puede llevar a un Estado soberano a un centro de arbitraje para defender supuestamente sus derechos. No solo aquello. Centros de arbitraje como los del Banco Mundial, más allá de juzgar si la transnacional tuvo la razón o no, puede juzgar si la ley es muy estricta o no, es decir, puede juzgar la ley de un Estado supuestamente soberano, que además debió ser conocida por el inversionista. No existe algo análogo para los derechos humanos. Por ejemplo, yo puedo estar en contra de la pena de muerte establecida en las leyes de los Estados Unidos, pero no tengo ninguna instancia internacional que pueda juzgar estas leyes.

Me gustaría ver una encíclica que denunciara con

vigor y frontalidad, sin eufemismos, la ideología disfrazada de ciencia que se nos quiso imponer como el final de la historia. De hecho, más allá de los fracasos cuantitativos de las políticas del Consenso de Washington, tal vez la más nefasta herencia que dejó la larga y triste noche neoliberal en América Latina es el nuevo evangelio del mercado: "buscad el fin de lucro, y el resto se os dará por añadidura". Es decir, como manifestaba el fallecido premio nobel de Economía James Tobin, gracias a la alquimia del mercado, un execrable defecto humano como el egoísmo, de la noche a la mañana se convirtió en la máxima virtud individual y social. Con el cuento de la mano invisible, buscando mi propio beneficio cumplía mi función social, barbaridad verdaderamente indefendible desde la doctrina y moral cristianas.

Hoy, a los que queremos cambiar las cosas muchas

veces se nos quiere acusar de que estamos rompiendo la paz en nuestros países. Por supuesto, todo proceso de cambio implica resistencias. Sin embargo, la paz no es solamente la ausencia de guerra. La insultante opulencia de unos pocos en América Latina, al lado de la más intolerable pobreza, son balas cotidianas contra la dignidad humana. Queremos construir verdaderamente un continente de paz que solo puede estar basada en la justicia. La paz sin justicia es simplemente pacificación.

Aquí encontramos la conjunción y armonía entre la doctrina social de la Iglesia, entre la Teología de la Liberación y el Socialismo del Siglo XXI. El punto de encuentro es, sin duda, la justicia social. Ese es el fin que perseguimos: hacer posible la transformación, por la vía democrática, de las

perversas estructuras que han dominado a hombres y mujeres sencillos de nuestro pueblo.

Finalmente, el Evangelio dice "donde está tu tesoro está tu corazón". Tengan la seguridad que mi tesoro no es el poder, sino el servicio, servir a mi pueblo, sobre todo a los más pobres, servir a mi Patria. Pero que nadie se engañe, como dije al principio, para ello es necesario cambiar las relaciones de poder en América Latina, en función de las grandes mayorías. Por ello hemos asumido esta opción política, por ello, nuestra revolución ciudadana.